

pondría directamente a un género de vida, a un ambiente: ¿cómo trasladar la atmósfera, el cielo, la vegetación de un clima? ¿Cómo servirnos de expresiones sin ninguna aplicación en la realidad, sin tradición ni raigambre en nuestro suelo literario? Lo que era fácil y hasta natural en Carrillo, dado su temperamento y el círculo en que se movía, resultaba grotesco en los demás. Urgía pues *crear* nuevos estados de alma, seguir la inspiración de otros maestros.

Soplaron los vientos de renovación. Surgieron los guías. Y al fin se inició, con Ventura García Calderón y algunos otros, el período que pudiéramos llamar de *retorno a la naturalidad*.

En Calderón la crónica no fué una ingenua imitación, pese a las inevitables, a las necesarias vacilaciones del comienzo de su carrera. La frivolidad que él practicaba y proclamaba, hija de un sincero horror a dogmatizar y solemnizar no debía desaparecer con la madurez, lo que prueba que su actitud interior no era puramente ocasional.

El había *sentido* la crónica antes de que esta princesa desencantada fuera manoseada—y, afeada—por los gauchos de la literatura. De ahí que hoy continúe siendo, en América, inútil de añadir España, uno de los pocos cronistas *supervivientes* cuya lectura no nos produzca la sensación de cosa pasada de moda.

Viviendo en París, y sirviéndose a diario de temas parisienses, no afrancesó su lenguaje. Léanse *Bajo el clamor de las Sirenas*, *Cantilenas*, *Semblanzas de América*, *Del Romanticismo al Modernismo*, etc., y se verá una prosa de pura fuente castiza, correcta sin arcaísmos ni cervantinismos pedantes, sin penachos líricos, expresamente despojada del oropel hugoniano y de las frondosidades castelánicas. Su modelo en España pudiera ser *Fígaro*, en Francia Rosny el mayor, Anatole France o Renán. Cuando quiere ser tierno, emocionante hasta llorar por la muerte de una artista adorable⁽¹⁾ su prosa corre como un suspiro, vibra con una contenida melancolía de cuerda y en el momento en que nos figuramos que va a desmelenarse, a romperse de dolor y gemir inconsolable, reaparece elegante y sobria como un mármol clásico. A veces se le antoja ser irónico, acaso perverso⁽²⁾ pero entonces las frases chispean como metales al sol, sin carcajadas rabelescas ni cínicos desencantos bebidos en el duque de La Rochefoucault.

Mas si el comercio espiritual con Francia no avillanó su léxico, sem-

brándolo de galicismos inútiles, no sería empresa de romanos reconocer, a través de su personalidad literaria, la huella profunda y sutil de un pueblo que en todo, y por sobre todo, ama la claridad, el equilibrio y la *medida*. Taine sostenía que *on no se donne pas son style, on le recoit des faits avec qui l'on est en commerce*. París ha comunicado sin duda a Calderón ese encanto que tiene su sonrisa, le ha permitido perfeccionar ese arte tan aparentemente fácil de expresar muchas ideas en pocas palabras, el don de comprensión y de perdón, la gracia exquisita de rozar la tristeza sin hacerse insostenible y de no alzar la voz cuando expone temas elevados. En todo caso París contribuyó a tornarle ecléctico, sintético y sugerente. ¿No son esos los tres elementos esenciales de la ciencia de todo cronista? La expresión de Mauricio Barrés, *el arte de vivir consiste en saberse limitar* debiera servir de divisa a los *chroniqueurs*: digamos en abono de García Calderón que él la adoptó cuando todavía la definición barresiana estaba por nacer.

Constituyendo París una altísima devoción en su vida, el *parisianismo* está lejos de ser en él una obsesión. No sostiene que el mundo empiece y acabe en el Boulevard. Mas no comprende la aversión que sienten los reaccionarios del universo por Francia: «el adulterio parece inventado allí, no porque no existiera antes de la Biblia, sino porque los únicos novelistas que leemos y lo describen, son franceses. De Sodoma y de Lesbos, que tienen sus mejores, sus más calladas provincias en Londres y Berlín, sólo sabemos lo que permite pasar, nacionalizado y elegante, con un cinismo peligroso, la criba de París. Llamamos Nanás a las prostitutas, Claudinas a las chiquillas viciosas y Señoras de Bovary a las mujeres sentimentales de todas par-

tes que aborrecen al marido vulgar».

Esa compenetración con el alma de la ilustre ciudad, esa simpatía fraternal por la tierra artista y analítica que le podó a tiempo las exuberancias del lenguaje, sin disminuirle el amor a la belleza de la forma, tampoco amenguó en él el culto de América.

Americano, y propagandista de las grandezas de América, García Calderón lo es en grado superior. Su *propaganda* ha sido su propia existencia. Con libros admirables, con una labor sin desmayo en revistas y diarios, dió el mejor ejemplo que pudiera desearse del vigor y de la preparación mental de una raza. ¿No era ese el único desmentís que aconsejaba D. Juan Montalvo diéramos a Paw, el *grosero teutón* que escribió: la raza hispano americana es tan menguada, que jamás dará un hombre capaz de componer un libro?

Calderón no se contentó con difundir los suyos. Productor que aparte la sonrisa de la crónica sabe arrancarle a la vida cuentos, poesías, novelas, ensayos críticos, abandonó con frecuencia su trabajo para bucear en páginas de otros y extraer de ellas mieles y bellezas que ofrecer a los extraños. Y no sólo la gloria de los muertos, de Gutiérrez Nájera a Rubén, el renombre mismo de los vivos, de Chocano a Lugones, lo exaltó en conferencias, en compilaciones, en artículos de periódicos. Pudiera afirmarse que su esfuerzo de veinte años hasta obtener definitivamente la consideración y el respeto de París, lo realizó en la compañía de algún hermano continental.

Así, al trepar las gradas del renombre, aupó con él los prestigios literarios del nuevo mundo.

J. DE LA LUZ LEÓN
(Cubano).

Letras Hispano-Americanas

EL ANFORA SEDIENTA

Por RAFAEL HELIODORO VALLE

México, 1922

«La noche es como un ánfora sedienta en que fulguran gemas silenciosas»

Así, con insinuante sutileza de artista, proclive a desdenes de hidalgo señorial, nos sugiere el autor la comprensión del título de su primoroso libro en la penúltima de sus páginas. La cual es una de las más artísticas, así por la composición interna del poema como por la simbólica profundidad del mismo. Aquí está la clave de su libro; la clave de su estética; quizás, la clave de su vida, si la vive de conformidad con la filosofía imbíbita

en la segunda mitad de esta primera estrofa:

«Creo en la idea todopoderosa que da el laurel a la melena endrina y que en la Tierra Santa de la Espina eleva su Jerusalem la Rosa.»

¿Hay, acaso, una más lapidaria comprensión de toda la filosofía del dolor como elemento de purificación del ser humano? ¿No es, por ventura, la imaginización, en un solo rasgo de la mayor belleza, de la vida de los grandes artistas y de todos los mártires de la Humanidad? En la combinación de lo

(1) En la *Verbena de Madrid*, p. 36.

(2) En la *Verbena*, artículo sobre Jacinto Benavente.